LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SOROLLA. – LA REINA NATALIA. – LOS HAMBRIENTOS

No me equivocaba al suponer que, anticipando la visita al taller de Sorolla, había visto lo mejor de la futura Exposición de Bellas Artes. No por eso me consuelo de quedarme con la curiosidad respecto á muchos expositores jóvenes que acaso encierren en sus lienzos la promesa y la esperanza del porvenir. De todas maneras, Sorolla es el pez gordo; y ahora en Madrid, como en París el año pasado, sus obras son el documento firme que España puede presentar en abono de sus pretensiones artísticas, únicas á que todavía no ha renunciado completamente.

***

En el envío de Sorolla hay de todo – paisaje, composición, – pero domina el retrato. No era el retrato, años hace, el triunfo de Sorolla. Hoy se muestra tan fuerte en eso como en lo demás. El retrato es un género que se impone al artista cuando el artista llega á tan alta notoriedad y reconocida maestría como Sorolla ha llegado. Aunque no quisiese, Sorolla se vería obligado, por mil circunstancias, á *ahondar* en el retrato y á poner en él toda la intensidad y el vigor de su gran talento.

Aunque el retrato es, en mi opinión, lo más interesante y lo más verdadero de cuanto se puede pintar; aunque por ciertos retratos del Museo doy todos los cuadros de composición imaginables, y una propina encima, me explico las predilecciones de Sorolla. Sorolla, á mi parecer (no diré que este juicio sea irrevocable, pues aún debo estudiar mejor el asunto), es un artista que ha logrado apoderarse del secreto de la pincelada y dominar los efectos de luz: pinta tan magistralmente como rápidamente: sabe lo que ha de hacer, y lo hace muy pronto, sin tanteos ni arrepentimientos. Fogoso en la factura, prefiere, al retrato que le sujeta y cohibe, la libertad del paisaje ó de la figura *que casi forma un todo con el paisaje:* el marinero, la pescadora, el bañista, el carretero, la aldeana, modelos impersonales, aunque marcados con ese sello de realidad y de energía que Sorolla imprime á cuanto reproduce. El retrato – el buen retrato – es lo individual, es el lirismo, la concentración del mundo en una persona, lo *único* de Max Stirner; y para llegar á manifestarlo así, por medio del pincel, se requiere una sumisión y una paciencia que Sorolla va adquiriendo – siempre *frenente,* siempre, allá por dentro, revolucionario y ansioso de pintar, al aire libre, lo que le dé la gana – un toque de sol sobre una peña, que la transforma en oro.

***

Descollar, como Goya, en el capricho original y en la *traducción* de almas y fisonomías que es el retrato, esto lo conseguirá Sorolla, en virtud de sus facultades excepcionales, pero es la verdadera labor ardua. El retrato, y sobre todo el de señora, se le ha resistido mucho. Su brocha cargada de colores, hecha á tender sobre la tela el brochazo genial, se contenía y se empobrecía. Algunos retratos de la primera época de Sorolla parecen pintados al temple: son pálidos y secos.

***

Inmenso adelanto noto por este concepto en Sorolla. No en vano pasa el tiempo, ni en vano se visita la Exposición de París, en cuya Centenal y Decenal el retrato brilló á tal altura, y en donde Carolus Duran, Bonnat, Constant, Chartran, Lehnbach y tantos otros, alemanes, ingleses, suecos, noruegos, que harían interminable la lista, nos encantaron con retratos á veces sencillísimos. Sorolla, entre otros méritos, tiene el de pensar, leer, estudiar y reflexionar acerca de su arte. No es Sorolla una máquina que pinta; sus ojos y sus dedos están servidos por un cerebro, cada día más culto, más serio, más capaz de regir las naturales y altas facultades del pintor. Por eso creo que hará de sí lo que se proponga, y ya ha logrado hacerse retratista.

***

Uno de los mejores retratos que envía á la Exposición es el de mi amiga María Teresa Beruete: de extraordinario parecido, sorprendida la expresión plácida y bondadosa del rostro, armonizada la *toilette* y pintados con maestría suma los negros encajes de Chantilly y la blanca seda del viso. Otro retrato *de lujo,* decorativo, que con el tiempo será de galería de antepasados: el de la duquesa de Villahermosa, condesa de Guaqui. El ropaje es un bello alarde de factura. El retrato de la esposa del pintor, sencillamente vestida de gris, contrasta con los esplendores del atavío de la duquesa. El de D. Raimundo Villaverde, de una gran semejanza y sólidamente pintado, es el clásico retrato de salón de actos, Paraninfo ó Congreso: la levita cerrada, la actitud solemne, la mesa con tapete rojo, y sobre la mesa la presidencial campanilla. Por bien hechos que estén, no suelen entusiasmarme retratos así. En cambio atrae mis miradas el grupo de la familia del pintor. He oído que lo comparan á las Meninas, y es indudable que hay en él algo de velazquismo, pero ¡tan vaciado en el molde de Sorolla! En la composición se observará quizás la influencia del célebre lienzo; en la factura está Sorolla sin mezcla, y Sorolla *del mejor,* como dicen nuestros vecinos. Una niña, en primer término, es un prodigio de verdad.

No sé si incluir entre los retratos el caprichoso y original estudio que representa á la esposa del pintor, recién parida, en la cama, contemplando á su nene. Por la semejanza podría ser retrato; pero allí no hay esa sujeción á que antes me refería, la tiránica imposición del *individuo:* allí Sorolla ha dado gusto á la pupila y al pincel. Un *scherzo* inspirado, sobre motivos de un candor primaveral, como el que en este momento me entra por la ventana en la florescencia de los frutales todos cubiertos de fina nieve. El estudio de la parida, la blancura uniforme sin monotonía, sin más que la nota morena de la madre y la nota rosa del niño, solamente Sorolla era capaz aquí de emprenderlo y ejecutarlo. A mí ese cuadro me interesa infinito. No será lo mejor que Sorolla envía á la Exposición; pero es de seguro lo más extraño, nuevo y como suyo.

***

Envía además el pintor valenciano el conocido y comentado cuadro *Triste herencia,* escenas de la recolección de la pasa, marinas, paisajes, sus favoritos paisajes inundados de sol y cocidos por una luz casi metálica. Remesa suficiente para mostrar la escala completa de sus aptitudes y para que un extranjero venido á la Exposición pueda apreciar sin error el temperamento de este artista poderoso y espontáneo, el más espontáneo y poderoso que hemos producido de Fortuny acá. Lo que me agradó comprobar en la visita al taller de Sorolla, es el indudable..., ¿diré *adelanto?,* no: la palabra no expresa bien mi pensamiento. Desarrollo, desenvolvimiento, afirmación de las cualidades genuinas. San Pablo recomendaba á los cristianos que abundasen en su propio sentido. El consejo, en arte, tiene su aplicación; sin embargo, no á todos viene bien: abundar en su propio sentido, para muchos es amanerarse, y sólo para algunos es expresar lo que se lleva dentro, el mundo que cabe en la visión de un artista dotado por la naturaleza como Sorolla.

Tenemos entre nosotros – es decir, en Madrid – á la reina Natalia de Servia. Es una reina modesta, humana, que se viene á hacer visita de pésame á unos amigos, simples particulares, los marqueses de Castrillo; que avisa por medio de un parte, el cual naturalmente se retrasa; que no encontrando á nadie en la estación, se va al hotel, lo mismo que los demás mortales en caso análogo..., en suma, una *persona natural,* sin misterio, acaso sin etiquetas ni ceremonias; y digo *acaso,* porque nunca he tenido el honor de hablar á la viuda de Milano.

Ha tenido esta señora una triste y dura escuela: la degracia. No desciende de cien reyes: es hija de un coronel, y su esposo, Milano Obrenovitch, que se casó con ella atraído por su belleza y discreción, la hizo pagar muy caro este honor con infidelidades escandalosas y disensiones y reyertas continuas. El hijo, que suele ser la compensación de esta clase de desencantos en la vida de la mujer, y que al pronto parecía llamado á llenar las aspiraciones de la más cariñosa madre, tampoco parece que las haya llenado. Lejos de la patria, ó al menos del país del cual se llamó reina; lejos del hijo, hoy unido á la famosa Draga; retirada en invierno á Biarritz, ese rincón elegante donde se refugian las grandes señoras decadentes, Natalia debe de pensar muchas veces que es el suyo un destino malogrado. ¡Hay tantos así! ¡Más desventurada todavía la que fué un tiempo emperatriz de los franceses y hoy pasea por las orillas del Mediterráneo y entre las brumas de Inglaterra la honda melancolía, la nostalgia incurable de sus recuerdos!

***

Servia, un tiempo sometida á Turquía, lo está hoy á Rusia, mediante la sumisión de la dinastía Obrenovitch. Algunos héroes habían luchado para hacerla libre, y los nombres de Czerny y de Miloch brillan en lo que pudiéramos llamar el *romancero* servio. Desde la gloriosa epopeya de la independencia, á principios del siglo pasado, luchan en Servia disputándose la corona dos dinastías: la de Obrenovitch, hoy reinante, y la de Karageorgevitch. Así á distancia, no conociendo muy á fondo los asuntos servios, confieso que me es más simpática esta última, proscrita y destronada desde hace más de cuarenta años. Quizás la veo al través de la simpática personalidad de mi amigo el príncipe Bojidar Karageorgevitch, literato y artista hasta la medula, y muy apasionado de España. También podrá ser que influya en mí la mala y justa fama de Milano, que sobre reproducir exactamente, pero en basto y en feo, la figura de aquel rey de Iliria descrito por Alfonso Daudet, que empeñaba la corona para regalar á las mozuelas de París, se mostró después cruelísimo tirano, ejecutando en Belgrado crueldades sin número, y estableciendo una especie de terror absolutista digno de Fernando VII. A bien que ya ha ido á reunirse con sus abuelos, y no hará más diabluras. Milano Obrenovitch tuvo de lista civil medio millón de francos – cien mil duros – que no llegaban á medio diente. Para procurarse dinero se agitó siempre, alterando la tranquilidad en Servia hasta los últimos años de su vida.

***

Una explosión de caridad se ha producido estos días en Madrid ante el cuadro del hambre, descubierto en una buhardilla del barrio de las Peñuelas. Con este motivo vuelve á agitarse el nunca resuelto problema de la beneficencia oportunamente ejercida. ¿Se socorre en efecto á los verdaderos necesitados? ¿Se distribuye bien, se sabe emplear con acierto lo mucho que se recoge para emplearlo en obras de caridad? ¿En qué se distingue al pobre efectivo, que no tiene que llevar á la boca, del falso pobre que oculta entre sus andrajos billetes de Banco y doblas de oro?

Dad á todos sin desconfianza y sin tasa – dice la caridad mística. – No deis á nadie al menudeo – responde la beneficencia experimental. – Educad, proporcionad trabajo, fundad asilos, no de mendigos, sino de *retirados* de la labor útil, de inválidos que ostentan con orgullo las cicatrices de una vida laboriosa; suprimid el limosneo en la calle, el ochavito y el centimito, y suprimiréis la mendicidad pedigüeña, astrosa y lucrativa como un oficio... Todos tienen su parte de razón, su fundamento científico ó sentimental..., pero el caso es que de pronto se corre una cortina, y aparecen cuatro seres, cuatro semejantes nuestros, agonizando de hambre.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ayuntamiento de Madrid